

ERMILO ABREU GÓMEZ

RECORDANDO A
RICARDO LATCHAM

ME HABIAN invitado para dar un curso de literatura española en Middlebury College, en Vermont, Estados Unidos. Salí de Washington, D. C. a la medianoche y llegué al amanecer a New York. Para hacer hora me metí en un café muy simpático en Times Square. De aquí salí a las seis y me encaminé a Central Station, para tomar el tren que va al Canadá. Lo tomé a las siete de la mañana. Este tren es delicioso porque, amén de cómodo, camina a la orilla del Hudson hasta Albany, capital del Estado de New York. Después de Albany tuerce hacia el Este y se encamina al Estado de Vermont y se detiene precisamente cerca del colegio a donde iba.

Me senté en un sillón cerca de la ventanilla del lado izquierdo del carro para mirar la riqueza y la variedad del paisaje. Del otro lado de la ribera contemplaba las casas de los millonarios de la región. Son casas espléndidas, con muelles a la entrada para guardar sus yates. Por distraerme —o por no distraerme— abrí un libro cualquier de los que iba a explicar en mi curso. No había leído una página cuando un señor grandote, de rostro enrojecido, de mirada inteligente, que era mi compañero de viaje, me dijo:

—Ese libro no me gusta.

—Ni a mí tampoco.

—¿Y por qué lo lee?

—Por eso, para poder decir a mis alumnos que es muy malo a pesar de la fama que tiene y de los elogios que le hacen no sé cuántos críticos e historiadores.

Después de estas breves palabras, mi compañero siguió hablando y hablando sin parar. Cuando llegamos a Middlebury College estaban en la estación el director y varios profesores esperándonos. Así conocí a don Juan Centeno, el director, y a los maestros don Tomás Navarro To-

más, a Amado Alonso, a Angel del Río, a Eugenio Florit, a Pedro Salinas, a Jorge Guillén y a Joaquín Casaldueiro. En el colegio conocí a otros varios maestros de menos renombre. Allí me enteré de que aquel mi compañero tan comunicativo era nada menos que el célebre crítico chileno don Ricardo Latcham.

Ya por la noche, después de nuestras clases y de las conferencias que se dictaron, nos reunimos en el Casinillo, sitio encantador, para tomar café, helados y tal cual pastelillo. Ya nos hablábamos de *tú* y ya nos habíamos contado no sé cuántas historias de nuestras respectivas vidas. Siempre iba con Ricardo su mujer, una señora delgadita, muy discreta y muy simpática, que de vez en vez decía cosas agudas y ocurrentes que nos hacían reír de buena gana. Ricardo le decía *Pajarito*, porque tenía el hábito (acaso exagerado) de comer muy poco, precisamente como un pajarito.

Durante el tiempo que permanecimos en Middlebury College, en el coche de algunos alumnos hicimos varias excursiones por los alrededores del lugar. Estuvimos en Bristol, en el Lago de Dunmore, en el Lago de Champlain y no sé en qué otros sitios llenos de encanto. Por las tardes, después de nuestras clases, nos encaminábamos a pie al pueblo para seguir la charla. Para ello tomábamos una veredita entre una alfombra de pasto verdecito y húmedo. En ocasiones venía con nosotros don Tomás Navarro Tomás, de quien aprendíamos mucho, no sólo de literatura, sino también de algo más importante de la vida, del sentido de lo humano y de lo digno.

En otra ocasión, Ricardo fue invitado por el Departamento de Estado para hacer un recorrido por varias Universidades de los Estados Unidos y así nos volvimos a ver en Washington D. C., donde yo vivía por aquel entonces. Las conferencias de Ricardo fueron muy comentadas, no sólo por la prensa y los críticos, sino de modo especial por los maestros y los alumnos, porque sus tesis eran originales, pues iban derecho a la raíz de los temas y de los autores. Una de las conferencias más lucidas que le oí fue sobre el sentido y la evolución de la novela hispanoamericana.

En Washington dimos lindos paseos en los cuales, como es natural, yo resultaba el guía. Unas veces se nos iban las horas a la orilla del Potomac, otras veces tomábamos el *street car* hasta Alexandria o hasta Maryland. Visitamos también los museos de Baltimore y de Filadelfia. Ricardo no tomaba notas, sino que miraba y volvía a mirar y hablaba y volvía a hablar. Donde lo vi más conmovido fue cuando lo llevé al Museo de Lincoln, es decir, al sitio donde fue herido y a la casa



Ricardo Latcham en 1908

donde, al día siguiente, murió. Cada detalle, cada pormenor, causaba a Ricardo hondísima impresión.

Después volvió a Chile, y pensé que ya no lo volvería a ver más. Pero el destino tiene sus buenas ocurrencias. Como a los dos años tuve que ir, por razones de mi cargo en la Unión Panamericana, a Santiago de Chile. En esta ciudad se celebraba un Seminario de Educación de Adultos o cosa por el estilo. Cuando bajé del avión me encontré en el aeropuerto al Embajador de México, don Manuel Maples Arce, mi grande y querido y viejo amigo, y ¡válgame Dios! al mismísimo Ricardo. ¡Qué agradable sorpresa! No sé cuántos abrazos nos dimos. De ahí en adelante, terminadas mis labores entre oficiales y docentes, con Manuel y Ricardo nos reuníamos, unas veces en la Embajada y otras en la casa de Ricardo, en unión de algunos escritores chilenos. Entre los más asiduos estaban don Eduardo Barrios, ¡tan señor y tan conversador!, y el simpatiquísimo y enamoradísimo de Mariano Latorre. Cuando Mariano contaba sus aventuras donjuanescas no había más remedio que callarse. Todos nosotros nos callábamos para oírle embelados. La única que al final ponía el comentario necesario era *Pajarito*:

—Mariano, ¿qué necesidad tiene de mentir tanto?

Mariano soltaba la risa y reanudaba otra historia de amor.

Nosotros nos hacíamos cruces ante su labia y su buena imaginación.

Por las tardes íbamos al teatro o bien, esto era lo más frecuente, nos metíamos en un café para continuar la charla que habíamos empezado en Middlebury College. Ricardo me llevó a caminar por la Avenida O'Higgins. Conocí el célebre cerrito de Santa Lucía y me hizo tropezar con la casa donde según parece vivieron Rubén Darío, Lastarria, Andrés Bello y no sé quiénes más. En su casa me di el estremecido gusto de tener en mis manos las primeras ediciones de obras célebres. Por ejemplo, de *Azul*, de Darío, y las de Blest Gana. Del comer no quiero ni hablar, porque en esta ciudad tan cerca del mar se comen mariscos como en México se come maíz y frijol. En cualquier restaurant nos servían langostas, jaibas, cangrejos, ostiones, langostinos, pulpos y sepa qué otras preciosidades del mar. Y de los vinos chilenos, ¿qué voy a decir? El más malo (es un suponer) es sencillamente un néctar. A propósito de vinos Ricardo me llevó a conocer varios viñedos y varias bodegas de vino. Aquí, entre probatura y probatura, estuvimos a punto de emborracharnos de lo lindo.

Pero al fin tuve que salir rumbo a Buenos Aires para asistir a otra conferencia ociosa y melindrosa de esas que organiza la Unión

Panamericana para recreo de ociosos (como yo) y para tramposillos como no sé cuántos tipos y tipejos que medran a nombre de la cultura democrática bendecida por los Estados Unidos.

A los pocos años tuve que volver a Santiago de Chile; la verdad, me empeñé en volver más que nada por encontrar a mi amigo Ricardo. Reanudamos nuestra firme amistad. Recuerdo que en esta ocasión tuve oportunidad, gracias a él, de conocer varios museos de arte y la biblioteca que fue de don José Toribio Medina. Ricardo, que era gran conocedor de estas cosas, gastó semanas y semanas en las explicaciones que me dio y que consideró indispensables para formarme buen juicio de aquellas muestras de la cultura chilena.

Entonces Ricardo escribió el prólogo de uno de los tomos de mis Memorias y que luego incluyó en un volumen de sus estudios de literatura hispanoamericana. En su casa tuve la oportunidad de saludar al gran escritor español Camilo José Cela. Había tanta gente que apenas si tuvimos ocasión de cruzar dos palabras, cosa que sentí mucho, pues me hubiera gustado charlar con él y preguntarle de mi admirado Pío Baroja, su gran amigo también.

Cuando me despedí de Ricardo pensé, con tristeza, que ya no habría oportunidad de volverlo a ver. Desde Washington seguí comunicándome con él; nos escribimos largas y pintorescas cartas. (La Universidad Nacional Autónoma de México va a publicar un volumen de las cartas literarias que, en cincuenta años, he recibido, entre las cuales figuran las de mi gran amigo).

Pero he aquí que tengo que ir a La Habana como jurado del concurso literario convocado por la Casa de las Américas. Estaba yo registrándome en el Hotel Riviera cuando siento que me abrazan y me gritan varias veces: ¡Ermilo, Ermilo! Volteo y me doy cuenta de que era Ricardo. No me cabían en el alma el gusto y la sorpresa. Al lado de Ricardo estaba *Pajarito*, tan sonriente y tan cariñosa como siempre. Casi no puedo contar las escenas que se sucedieron: cenamos, conversamos, volvimos a conversar, fuimos al teatro, al cine y volvimos a conversar. Después, en unión de los otros jurados emprendimos una jira por las principales ciudades de la isla. Estuvimos en Matanza, en Camagüey, en Santa Clara, en las Villas, en Cienfuegos, y en algún otro sitio que se me escapa de la memoria. Cuando nos detuvimos en Varadero pasamos largas horas sentados cerca del mar. Debíamos volver a La Habana al día siguiente, para reanudar nuestras tareas como jurados. Después de comer, Ricardo me dijo:

—Regreso hoy a La Habana.

—Pero Ricardo, quédate una noche más. Aquí descansas. Todos re-

gresaremos juntos, como estaba convenido, mañana temprano. No corre prisa nada.

—Sí, sí, pero quiero revisar unos papeles relacionados con mi conferencia.

—¡No me digas! Ya sé de qué vas a hablar. Ese tema lo conoces de memoria. Te sobrará materia y te faltará tiempo para decir todo lo que te dé la gana.

—Sí, sí, pero prefiero llegar hoy y trabajar un rato. Mañana nos vemos.

Y no hubo poder de Dios que pudiera detenerlo. Lo acompañamos al coche y en unión de *Pajarito* se dirigió a La Habana. Habrá llegado hora y media más tarde.

Estábamos todavía en el comedor del hotel tomando un café como a eso de las seis de la tarde, cuando me di cuenta de que el amigo que nos servía de guía iba y venía con mala cara, con ánimo descompuesto. No se atrevía a decirnos nada. Al fin se acercó a mí y me dijo:

—Don Ermilo, una terrible mala noticia para usted.

Hizo una pausa.

Yo me quedé en suspenso.

—¿Qué pasa?

—No me atrevo a decírselo.

—Dígame, dígame.

—Me acaban de hablar de La Habana; don Ricardo murió repentinamente.

No pude responder. Me senté e hice que me repitiera tan horrible noticia.

—Sí, don Ermilo, es cierto. Don Ricardo murió casi al llegar al hotel. Murió en un instante.

Recogimos nuestras maletas, suspendimos toda fiesta y regresamos a La Habana. Viajamos mudos. Margarita tenía los ojos llenos de lágrimas.

Cuando llegamos al hotel Riviera fuimos derecho al cuarto de Ricardo. Entre las lágrimas pudimos abrazar en silencio a *Pajarito*. Luego, en balbuceo entrecortado, conocimos las noticias breves de los últimos instantes de Ricardo.

—Me siento mal —dijo a su mujer.

Y se acostó en su cama, así vestido como estaba.

Pajarito le vio el semblante raro. Llamó a la administración del hotel y, por mera casualidad, había allí un médico que se apresuró a subir. El médico le dijo a *Pajarito*:

—Acaba de morir, señora.

Después las guardias en la Universidad; el viaje de *Pajarito* con el cuerpo de Ricardo a México, para luego retornar a Santiago. Los compañeros del Jurado, los escritores de La Habana, las autoridades oficiales y de la Universidad, no escatimaron medio para acompañar a *Pajarito* hasta el instante en que se despidió de nosotros en el aeropuerto. Ricardo fue uno de los amigos que más he querido, que más he admirado. Lo llevo dentro del alma. Era bueno, inteligente, recto y profundamente humano. Era todo limpieza espiritual.